



*Un
canalla
en mi,
corazón*

**MORUENA
ESTRÍNGANA**

*Un p
canalla
en mi,
corazón*

**MORUENA
ESTRÍNGANA**



EDICIONES**KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-01-2
Depósito Legal: CS 612-2023
© del texto, Moruena Estríngana
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mi marido y a mi hijo.
Sois mi mundo.

Prólogo

Lady Ashley esperaba siempre a su padre en lo alto de la escalera de la casa de campo, cerca de Londres, a la que iba poco o casi nada.

Si pasado un tiempo prudencial no aparecía, se levantaba de las escaleras y lo buscaba en su cuarto.

Se ponía nerviosa por su ausencia.

La pequeña solo lo tenía a él, y a una prima de su madre, la señora Helen, que acudió para ayudarla cuando su madre falleció por culpa de unas prácticas bastante dudosas en el parto. La mujer murió desangrada.

La señora Helen era una solterona que, tras enterarse de la noticia, se ofreció para cuidar de Ashley sin dudarle un segundo. Para la pequeña fue como una madre.

De hecho, siempre andaba cerca de la niña, mientras esta esperaba a su padre, con una muñeca abrazada a su menudo cuerpo. No se movía de su lado hasta que este no regresaba.

El progenitor de la pequeña era un canalla de cuidado; un libertino al que solo le importaba él mismo, aunque, de vez en cuando, recordaba que tenía una hija a la que iba a ver al campo, donde vivía. Luego, acudía al pueblo para beber y comer hasta casi caer muerto.

El conde llegó y la niña bajó las escaleras corriendo.

Este le dio un pequeño abrazo y se fue a su habitación.

Así fueron pasando los años, mientras la señora Helen veía como lady Ashley esperaba nerviosa, cerca de la escalera, el regreso

de su padre, que cada vez se repetía con menos frecuencia. Si esto no hubiera sido así, tal vez habría visto las necesidades de la vivienda, que su hija crecía con una educación indigna a su clase o sin la ropa adecuada para ella.

Quizás, se habría dado cuenta de que su hija trabajaba con los sirvientes y que nadie educaba a la joven, salvo los libros que había en la biblioteca. Algunos de ellos nunca debieron caer entre sus manos.

Su padre tenía claro que su mala vida lo mataría de joven, y su hija sufría por ello.

Al final, estuvo en lo cierto.

Un mañana no apareció y, en su lugar, la policía los avisó de que su padre había muerto tras precipitarse borracho al Támesis, junto con su mejor amigo.

Ashley recordó a su padre y al amigo de este.

Vio al duque poco antes de que murieran. Hacía muchos años que no lo se encontraban y, cuando la miró, vio algo en su mirada que no supo entender, pero que le hizo temblar de miedo.

No fue solo por la cicatriz, sino por algo más que no comprendía.

Ese hombre tenía algo oscuro, y, cuando trató de tocarla, Ashley se echó hacia atrás.

Por suerte, no habían coincidido mucho en su vida, y ya estaba muerto.

Lady Ashley supo que su vida, desde la fatídica noticia, cambiaría para siempre.

Para empezar, su tutor sería el hijo del mejor amigo de su padre. Un joven lord que había heredado el título de duque, del que no sabía nada. Solo le habían informado de que estaba en la guerra, y, por eso, no acudió a los entierros.

Su padre no tenía familia. El título se perdió con su muerte. No quiso casarse de nuevo.

Lady Ashley se quedó en la casa de campo, que se caía a trozos, a la espera de que pasaran los años de luto y pudiera acudir a Londres para buscar un esposo. Sabiendo que no encajaría en esa

sociedad, plagada de normas que desconocía, a pesar de ser una lady.

Acceptó su nueva vida enfadada con su padre por dejarla en esa tesitura y jurando que nunca amaría a un canalla, porque uno ya le había destrozado el corazón.

Capítulo 1

Harold

Hace poco que mi padre murió; que ese desgraciado dejó esta vida para irse al infierno.

Cuando supe la noticia en el frente, sentí alivio. Fue como si por fin pudiera dejar de sentir su presencia jodiéndome cada día.

Me dieron un permiso especial para viajar a Londres y dejar el frente durante unos días.

Al llegar a la ciudad, me emborracho a su salud. Bueno..., para beber siempre tengo una buena excusa. Desde hace años no sé estar sin tener una copa en la mano.

Una cosa más que le debo al cabrón de mi padre.

Decido ir al sitio donde murió, como si necesitara comprobar que esté muerto de verdad, y que no volverá de los infiernos para amargarme la existencia.

Observo las frías aguas y no paro de darle vueltas al hecho de que no tenga sentido que alguien que sepa nadar, se acabe ahogando. Debía ir tan borracho, que ni recordó ese pequeño detalle.

Da igual. Ha desaparecido y al fin puedo respirar en paz... o no, porque su mal ya está hecho.

Camino borracho cerca del Támesis y miro las frías aguas.

Ojalá esto hubiera pasado antes y el cabrón hubiera desaparecido de mi vida hace años. No he odiado a nadie más que a él.

—¡Ahí te pudras desgraciado!

—Su padre no está muerto.

Me giro y veo a una prostituta cerca de mí.

—¿Y se puede saber quién lo dice?

—Págame... y te contaré todo lo que vi.

Me río.

—Usted solo quiere mi dinero. No pienso caer en la tentación. Esta noche, no.

—Pues nunca sabrá la verdad.

Se marcha y, aunque trato de seguirla, estoy demasiado mareado por la bebida.

Al final, regreso a mi casa agitado y nervioso.

Ese ser despreciable y miserable no está vivo, porque él solo se ama a sí mismo y a su fortuna. De estar vivo, haría lo imposible por recuperar su dinero y su prestigio. Está muerto... Está perdido entre las aguas del Támesis para siempre. Mi padre solo dejaría que portara el título de duque de estar muerto. No soportaría verme con su fortuna y su legado de otra forma. Es un egoísta sin sentimientos. Era..., porque ese ser ya está muerto y enterrado.

O no, porque nadie encontró su cuerpo. Ni el de su amigo.

Solo hallaron sus ropas y pertenencias, y dieron por hecho que ambos habían fallecido, porque los vieron caer al río.

Pero... ¿y si no murieron? ¿Si él no murió? No, imposible.



Aun así, a la mañana siguiente, ya más despejado, voy a ver a la madame del club de prostitutas que hay cerca del Támesis, y le pregunto por la mujer que me trató de vender información.

Necesito descubrir la verdad de si está o no muerto. Saber si su cuerpo acabó en el fondo del río.

—Margerit siempre miente para conseguir clientes potenciales. Les dice que tiene un secreto... La siguen, y luego les mete en la bebida unos polvos para dormir. No recuerdan nada al día siguiente, y ella siempre les dice que se lo contó. Es una mentirosa de cuidado. Además, no sé dónde estará porque recogió todas sus cosas, y se ha marchado —me confiesa a cambio de mucho oro, pero al fin puedo respirar en paz.

Es una mujer no es más que una mentirosa que buscaba a un pobre borracho al que sacar dinero.

—Gracias.

Salgo del establecimiento sabiendo que es mejor dejar este tema aquí. La gente por dinero es capaz de cualquier cosa.

Miro entre las sombras cuando siento que alguien me observa. No hay nadie...

Es mejor que vaya al club y beba algo. Paso tanto tiempo borracho que, cuando no lo estoy, me cuesta recordar las razones para seguir viviendo, y, por si esto fuera poco, ahora debo hacerme cargo de una jovencita...

De momento, que se quede donde está. Cuando acabe su luto y empiece la temporada, aceptaré el papel de tutor, de alguien a quien solo le saco unos pocos años.

«Te odio, padre. Has hecho de mi vida un infierno».

Ashley

Regreso de montar a caballo a primera hora de la mañana.

Entro a la casa de mi padre, que se está cayendo a pedazos, y voy hacia la chimenea para limpiarla.

Mi padre era un ser egoísta y desgraciado que nunca miró más allá de su ombligo y no se dio cuenta de cómo mi mundo

se destruía a pedazos, mientras él usaba el dinero para fiestas y prostitutas.

Mi prima Helen le rogó, le imploró que se diera cuenta de las condiciones en las que vivía, pero él siempre decía que haría algo luego. Luego..., fue nunca.

Froto la chimenea asqueada y cansada.

Soy una lady que ha sido criada como una sirvienta por culpa de un hombre despreciable, y lo peor es que su muerte me duele porque, a pesar de todo, era mi padre.

—Ash... —me llama mi prima. Está cosiéndome un vestido, con unas viejas cortinas oscuras—, deberías buscar un libro donde hable de normas de sociedad. Dentro de dos años será tu presentación, y quiero que estés preparada para encontrar un buen partido.

Helen me mira preocupada. Cuida de mí desde que nací. Es como una madre.

—Lo haré. No te preocupes.

Helen se marcha menos nerviosa, mientras yo sigo limpiando, sabiendo que ese libro no existe en la biblioteca y que, cuando llegué a Londres, mis callos hablarán de lo poca dama que parezco.

Pienso en que, cuando vaya a Londres, me tocará vivir con el hijo del amigo de mi padre... Solo recordar al difunto duque siento escalofríos. Me miró como el que observa hambriento un plato de comida.

Nadie nunca me había observado así.

—Eres tan bonita como ella. Más incluso —me dijo mientras se me acercaba, y supe que hablaba de mi madre.

Mi prima ya me había indicado que me parecía mucho a mi madre.

—Y estás viva...

Su mirada me dio escalofríos.

Caminé hacia atrás, mientras mi padre no se enteraba de nada. No se percató de que su amigo se aproximaba a mí, con esa mirada aterradora que me hacía desear gritar.

Entonces, choqué con una mesa y un jarrón cayó, rompiéndose en mil pedazos. Mi padre miró hacia nosotros y dijo:

—Este lugar no tiene nada que ofrecernos, vamos al pueblo a beber y regresamos a Londres.

—Claro —aceptó el duque—. Nos volveremos a ver.

Me hizo una reverencia y pedí a todos los santos que eso no fuera posible.

No deseaba volver a tenerlo delante. El porqué, no lo sé. No sé cómo explicar lo que sentí cuando me miró. Es como si yo estuviera desnuda ante sus ojos, pero no tenía sentido.

Por suerte, ya nunca más se cruzará en mi camino.

Lo peor, es que su hijo no debe ser mucho mejor que él.

«Te odio, padre», pienso mientras el hollín tiñe mis lágrimas de negro.

Capítulo 2

Dos años más tarde

Ashley

—Es la hora de irse —me anuncia mi prima mientras mira el carruaje, que el duque ha mandado para nuestro viaje.

Es muy elegante y contrasta con esta casa que se está cayendo a pedazos, y mis ropas sencillas. Mis vestimentas las hace mi prima desde hace mucho tiempo, con telas que cambio por huevos u otras cosas de la cosecha.

No lo hago a menudo, porque lo poco que cultivamos es para nosotras, y, por eso, el vestido que llevo hoy es un arreglo de otras prendas.

No he estado en Londres, pero sé que mi ropa sencilla no estará a la moda, ni a la altura de una lady.

Tomo aire queriendo dejar de temblar, odiando la debilidad que siento por mi falta de educación y conocimiento. Sé leer, además de cientos de cosas más, que no podré poner en práctica en los bailes de sociedad.

Camino hacia el carruaje, que casi parece brillar de lo limpio e impoluto que está.

Me pregunto si el duque sabe que de no haberlo enviado, deberíamos haber llegado a Londres andando... O a saber.

Mi padre nos dejó sin dinero, sin nada que llevarse a la boca, mientras mi dote aguarda para que mi futuro marido la utilice como él crea conveniente. A mí me dará una especie de paga, siempre que le plazca ofrecerme algo.

Mi progenitor venía hasta este lugar y, aunque veía que necesitaba reformas, no hacía nada. Le daba igual que yo viviera bajo estas condiciones o pasaba de los ruegos de mi prima, que buscaba que hiciera algo por mí.

Yo solo quería a una persona: a él.

Tras su muerte, que me dejara a cargo de su amigo..., o que con el fallecimiento de este mismo, su hijo tuviera que cuidarme, no sé si es que se preocupara por mí o si se está riendo a costa mía desde el más allá.

Me despido del mayordomo y de su mujer con lágrimas en los ojos.

Ellos dos, y mi prima Helen, han sido toda mi familia.

Los cuatro hemos pasado por mucho en esta casa, y hemos aprendido a comer de lo que nos daba la tierra, y de los animales que estaban a nuestro cargo.

No he llevado vida de lady. Sé más de labranza y de trueques para conseguir comida entre los aledaños, que de bailes de salón.

Soy una bruta que sabe leer porque mi prima me ha enseñado, pero poco más.

Entro al carruaje.

Es tan elegante que mi ropa queda ridícula.

Tiro de la falda, como si así fuera a cambiar algo o que deje de parecer una sirvienta.

—Todo irá bien —me indica Helen, cogiendo mis manos, al mismo tiempo que evita que siga tirando de mi ropa.

Entrelaza sus dedos con los míos para darme su fuerza.

Poco a poco me calmo.

Dejo caer la cabeza sobre su hombro y me acaricia con cariño las manos.

—Si consigo mantener la boca cerrada, seguro que sí.

Por norma general, no suelo callarme lo que pienso, y, si estoy nerviosa, soy peor todavía.

Por suerte, con la gente de la aldea con la que hablaba, y con los sirvientes, nunca vieron nada malo en mí, pero esa gente no es la que ahora me va a juzgar y analizará con lupa todo lo que hago...

Siento cómo se me retuerce el estómago por los nervios.

—Eso es lo que me preocupa, que no sabes mantenerte callada.

—Lo sé... Yo lo he hecho lo mejor que he podido. —Me incorporo y le sonrío, porque he notado en su voz preocupación y tristeza. No quiero que sufra. Prefiero que piense que no estoy aterrada y que así no se sienta responsable de no haber podido darme una mejor educación.

—Todo lo que sé, te lo debo a ti.

—No eres una aldeana como yo, que soy la hija de un pastor, Ash. Eres una lady. Eres la hija de un lord inglés.

—Pero mi madre sí lo era, y no he salido tan mal. —Sonrío todo lo que puedo para que no se altere.

Acaricia mi mejilla con cariño.

—Eres perfecta, Ash, pero tal vez ellos no lo sepan ver —dice con miedo, a pesar de mis intentos para que no se angustie.

Las dos sabemos que esto va a ser complicado.

No solo no sé callarme, sino que llevo toda la vida luchando para salir adelante; para tener algo que comer, en una gran casa que se caía a pedazos.

Llevo toda la vida siendo lo que no me correspondía por nacimiento y ahora mi tutor quiere que me case con un lord, y viva una vida para la que nací, pero no fui educada.

Esta aventura se me antoja enorme, y no sé si sabré estar a la altura de ella.

Londres está cada vez más cerca, y yo solo tengo deseos de salir corriendo.

Harold

—Entonces, ¿tu protegida llega hoy?

Miro a mi amigo y compañero de fiestas, lord Lloyd, antes de dar un largo trago a la copa.

Es de las peores personas que conozco. Sé que no le aporta nada a mi vida, pero es beber y, joder, hasta soporto lo idiota que es. Solo es porque me importa todo bien poco, mientras el alcohol embota mi cerebro, hasta que me olvido de todo. Hasta de mis pesadillas.

Eso es lo único que me importa: que las pesadillas se queden lejos de mi vida para siempre.

Mi padre murió hace dos años ya.

Fue cuando yo estaba en la guerra.

Volví solo por unos días, con un permiso, y regresé al campo de batalla, aunque luchar, luché poco. Al ser un marqués, y luego duque, me pasé más tiempo de fiesta, alejado de todo aquello.

No me enorgullezco de todo lo que hago, pero es como si no pudiera evitarlo. Ni me importara no parar porque, cuando paro, estoy cuerdo y no consigo olvidar...

Solo pienso en beber y beber, para saciar mi sed.

Es como si no pudiera vivir sin toda esta mierda.

Me convertí en duque y en el tutor de una joven. Ahora ella debe de tener unos veintiún años, y yo tengo veintisiete. Ser su tutor no tiene sentido, cuando nos llevamos tan poco, pero necesita un hombre que vele por ella, hasta que se case, y, al faltar mi padre, ese hombre soy yo.

Sabía que esto pasaría.

Está a punto de regresar para presentarse en sociedad. Quedan unos dos meses para ello, pero pensé que si tenía que comprarse vestidos, debía estar aquí antes.

Por suerte, paso poco tiempo en casa y apenas tendré que verla.

—Sí, si el carruaje no se sale del camino, y eso hace que pueda estar unos días libre de mi condición de tutor en Londres.

Se ríe.

—Eres un cabrón. Esa chica no sabe dónde se mete.

—Bueno, su padre y el mío eran peores, por lo que dudo que se sorprenda.

Saco el reloj de mi bolsillo y compruebo que son solo las once de la mañana. No debería estar bebiendo a estas horas, pero hace tiempo que me dejé de importar lo que era correcto y lo que no.

Alguien se encargó de hacerme así.

Aparto esos pensamientos y me pido otra copa en el club para caballeros, mientras vamos hacia una mesa para jugar al póker.

No tengo en mente hacer nada más hoy.

—¿Y sabes cómo es? —indaga mi amigo.

—No, su padre decía que era un ratón de biblioteca. Estaba todo el día leyendo. Por eso, le he comprado los mejores libros que hay, para que así me deje en paz cuando esté en casa. Con suerte, quizás no sea muy fea y pueda casarla en la primera temporada.

Mi amigo se ríe.

—Es rica y tiene una dote cuantiosa, ya tendría que ser muy desfavorecida para que no te la quitaras del medio pronto.

—Lo sé.

Nuestros padres solo se querían a ellos mismos, y después a su mejor amigo. Ignoro si el padre de lady Ashley le tenía algún tipo de afecto. Con seguridad, no, porque, sabiendo que no tenía más familia, no se preocupó por casarse de nuevo y que su hija tuviera una madre y un hermano con el que poder vivir, si le pasaba algo.

En vez de eso, decidió vivir la vida y hacer una promesa en un notario de que, si le sucedía algo, mi padre o yo nos haríamos cargo de su tutela.

Si yo soy un canalla, mi padre era mucho peor.

Es por eso, por lo que tengo a mi cargo a alguien que no conozco, ya que lady Ashley ha vivido toda la vida en la casa de campo de su padre, alejada de Londres.

Jugamos a las cartas hasta que llega el momento de irme a la fábrica para comprobar cómo funciona todo.

El gerente me informa, pero tengo la cabeza embotada, por lo que solo asiento, y me marcho.

Ya he cumplido por hoy.

Llego a mi casa y veo que está el carruaje de lady Ashley en la puerta. Es uno que mandé para que la trajera a la ciudad, a ella y a su prima.

El cochero baja para abrirle la puerta, pero lo detengo con un gesto.

Ando hacia la puerta curioso de ver su nivel de belleza, para calcular cuánto tardaré en recuperar mi vida.

Abro y espero a que salga la joven, que de seguro va a poner mi vida patas arriba, hasta que se largue con un esposo.

Primero baja una mujer de unos cincuenta años que, al verme, me mira extrañada, pero acepta mi mano.

—Usted debe de ser la señora Helen. —Asiente—. Lord Gibson, a su servicio.

—Un placer, milord —dice la mujer sin poder apartar los ojos de mi cara.

Mi padre no era muy agraciado. Sobre todo porque se rompió la nariz tantas veces que eso le afeaba el rostro, y también tenía una herida de cuchillo, desde la nariz hasta el mentón.

De pequeño, me daba miedo porque decía que se la había hecho un oso feroz, y, si la mirabas con fijeza por la noche, el alma del oso iría hasta tu cama para matarte.

Me pasé media vida temiendo mirar esa marca, hasta que crecí y supe que se la hizo en una pelea. O por lo menos eso me dijo.

Cuando le preguntaba por la herida, me respondía con odio que había sido por una pelea, pero siempre sentí que tras ella había

mucho más. Es algo que ya nunca sabré, y la verdad, me importa bien poco.

Mi padre era un desgraciado, pero, por suerte, ya no está entre nosotros.

Sonrío, porque la señora Helen no deja de mirarme como si fuera un dios, o algo parecido.

Sé que tengo un rostro apuesto, y que, gracias a ello, consigo sin problemas atenciones femeninas, pero su atención no sé si es por mi atractivo o porque se ha dado cuenta de que soy un canalla, y seré quien vele por su pequeña.

—¿Alguien se digna a ayudarme a bajar o lo hago yo de un salto? Juro que no me importa hacerlo.

—Ash... —le recrimina la señora Helen a su pupila.

—Mejor me ayuda, ¿verdad, lord Gibson? No tengo todo el día —dice a mi espalda.

Su voz es molesta, pero suena a melodía.

Me giro esperando ver a una huraña, a una amargada, y sonrío para aplacarla, pero mi gesto se queda congelado en el rostro. Ante mí tengo a una mujer hermosa, como pocas que haya visto en Londres en los últimos años.

Lleva el pelo rubio recogido por una trenza. Sus ojos son grandes y verdes, pero no de un verde cualquiera. Son como dos piedras preciosas. Como esmeraldas. Tiene unas curvas inmensamente atractivas y unos labios rojos en los que soñaría perderse más de un canalla.

Me fijo que la ropa que lleva es muy sencilla. Casi parece una sirvienta más que una lady.

No le doy mucha importancia a esto, porque se nota que es una rebelde, y tal vez solo sea una forma de dejar claro que piensa imponer sus deseos, sin importar nada más.

La miro a los ojos, y hay tanto fuego en ellos que dan ganas de acercarse y quemarse con él.

Joder, creo que tengo un problema.

Me va a tocar vigilar de cerca que ninguno le haga perder su virtud o me será imposible casarla.

Le tiendo la mano.

—Lady Ashley. —Agarra mi mano y siento un cosquilleo recorrerme, mientras me pierdo en sus ojos esmeralda.

—Lord Gibson, diría que es un placer conocerlo, pero antes habría preferido que acabara muerto, como nuestros padres, para verme librada de esta absurda promesa, y de vivir bajo el techo de un canalla como usted, aunque terminara mendigando en la calle para poder comer.

—¡Ash! —grita la señora Helen, roja como un tomate.

Lady Ashley se pone recta y se marcha hacia la casa.

«Atractiva, lista y deslenguada... ¡Que la parca me lleve pronto!».

Capítulo 3

Ashley

—Has sido una descarada —me reprende mi prima, ya en la habitación donde nos ha acomodado el mayordomo—. Además, sabes que muerto no nos sirve de nada. Tristemente, lo necesitamos vivo.

Es cierto, aunque me pese.

Helen no quiere regresar con su familia arrastrando su fracaso. Para ella, que yo me case y sea una mujer respetada, es un triunfo. Lo siente como una meta personal de que, a pesar de su falta de conocimientos, consiguió hacer de mí una mujer de provecho.

Además, la familia de mi madre nunca se ha preocupado por mí. Nunca les he importado, salvo para pedir dinero a mi padre. Ir con ellos no es una posibilidad.

Aunque me duela, necesitamos a este canalla para poder tener un techo sobre nuestras cabezas.

—Intentaré recordarlo —le indico y pone los ojos en blanco sabiendo que no lo lograré.

Coge sus cosas para llevarlas a su dormitorio.

Helen dormirá en un cuarto a lado del mío.

Estamos alejadas de la zona principal, pero tenemos una salita para nosotras solas, donde podemos coser o leer, según ha dicho

el mayordomo. Él no tiene la culpa de vivir bajo el techo de ese atractivo canalla.

En cuanto lo he escuchado hablar, he sabido que era mucho peor que mi padre. Esa sensualidad en la voz... No tenía que mirarlo para saber que es un libertino de cuidado.

Al salir, vi ante mí al hombre más apuesto que he tenido la suerte de conocer en mi vida. Solo es seis años mayor que yo, pero en su mirada oscura se veía la cantidad de cosas que ha vivido, en comparación conmigo que solo he estado en el campo.

Su pelo es negro como la noche. Su boca es de esas que piden a gritos que cometas la osadía de besarla, para que te enseñe los placeres ocultos.

Es alguien que odio, que no tengo ganas de conocer, y que solo soportaré por el bien de los dos para perderlo pronto de vista.

Mi padre era un canalla y amargó mi vida. Me destrozó por su egoísmo, por lo que no pienso dejar que otro más me la destroe, y mucho menos un canalla. Ya he llorado lo suficiente por uno.

—¿Has visto esta casa? Parece un burdel —le digo a mi prima.

Miramos las cortinas rojas, y así está toda la casa: llena de colores rojos y negros.

—No quiero pensar en cómo sabes eso de los burdeles.

Sonríó, pero no le digo que me colé en uno del pueblo una vez que fui a intercambiar huevos de gallina. La madame me dejó pasar a por unos retales y lo vi todo.

—No me lo cuentes o acabaré muerta de un infarto —insiste y la abrazo con fuerza—. Tu curiosidad un día te acabará por meter en problemas, Ash.

—Bueno, no puedo evitarlo.

—Pues intenta hacerlo o van a pensar que no has recibido una educación...

—Es que no la he recibido.

—Algo que tengo que comentar al lord.

—No creo que sea necesario. Lo mismo hace como mi padre: decir que aprenderé sola o que todo está en los libros.

Mi prima niega con la cabeza, dejando claro que opina lo contrario y que terminará hablando con el lord.

—No sabes bailar, ni tocar ninguno instrumento, ni comportarte en la mesa de esta gente... Tenemos que decírselo cuanto antes. En los libros no hay nada de eso, y ya no me engañas diciendo que aprenderás de ellos.

Sonríó porque, cuando murió mi padre, le dije que no se preocupara por mí; que ya estudiaría todo lo que debía saber en los libros. En realidad, lo hice solo para que me dejara leer otras cosas y no sufriera, pero se dio cuenta.

—Bueno, montar a caballo y leer se me da muy bien.

Helen pone los ojos en blanco.

Yo también estoy preocupada, pero no quiero que se angustie. Por eso, la abrazo y le digo que todo está bien.

Helen vivía en una pequeña aldea y allí solo aprendió a leer porque su padre les enseñó. No ha acudido a fiestas o bailes de nobles. Todo lo que sabe es de lo que ha oído.

Le dijo a mi padre de ponerme un profesor de canto o piano, pero este siempre decía que ya lo haría o que lo leyera. Prefería gastarse el dinero en fiestas y despilfarros varios.

Me queda una buena dote, porque murió antes de despilfarrarla entera, pero eso no será suficiente porque, hasta que no me case, no podré tenerla, y, si mi marido decide no darme nada, seguiré viviendo a expensas de los deseos de un hombre.

Voy a hacer el ridículo en la Corte. Lo sé.

No sé callarme lo que pienso, ni sé sonrojarme cuando me adulan. Algo que me dijo la madame que era muy importante. La gente noble valora mucho la inocencia en una jovencita.

Salgo de la habitación y bajo a las caballerizas.

El mozo de cuadras es de mi edad, más o menos, y al verme me sonrío.

—Hola, *milady*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Querría saber qué yegua está lista para mí. Quiero dar un paseo por Hyde Park esta tarde.

Pone cara de espanto.

—No hay yegua preparada para usted.

—Puedo montar cualquier caballo. Prepáreme uno tras la comida.

—Tengo que hablarlo con el señor. Si él me da permiso, lo haré con gusto, *milady*.

Asiento y me marcho para dar un paseo por esta casa tan poco acogedora, aunque al menos es caliente y no tiene goteras en el techo.

El mayordomo sale a mi paso y me pregunta si necesito algo.

Le indico que busco la biblioteca, y me lleva hasta ella.

Al entrar, me quedo asombrada por la cantidad de libros que hay.

Me dice que lo siga hasta una estantería.

—El señor ha comprado estos libros para usted. Espero que sean de su agrado.

—Gracias.

Sonríe y se marcha.

Observo los ejemplares, y compruebo que hay novelas de aventuras, románticas y cuentos. Algunos están recién publicados, lo que me demuestra que los han comprado hace poco.

Me sorprende el detalle.

Mi padre sabía que me gustaba leer, pero me decía que relejera los que teníamos en la biblioteca. Así pasó, que sé que cosas que tal vez una señorita no debería conocer en su vida, como los entresijos del cuerpo humano. Hasta algunos libros ilícitos de mi abuelo, que dudo que mi padre supiera de su existencia, que contienen dibujos sexuales y posturas de cama, que sí me sonrojaron.

Todo esto solo alentó mi lado curioso y me hizo ansiar saber más. Sé demasiadas cosas sexuales que debería desconocer, o médicas. Gracias a un libro de remedios he ayudado con los dolores a mi prima, al mayordomo y a su mujer.

Tomo una novela de aventuras y me siento a leerla antes de la comida.

Enseguida me veo sumergida por el mundo irreal, y es como si de verdad viajara; como si pudiera ser mucho más de lo que se espera de mí.

Harold

—Señor... —el mayordomo, el señor Duff, entra a mi despacho tras mi permiso. Espero a que hable—, le informo de que la comida está servida. —Asiento—. Y, por otro lado, la joven lady ha solicitado que le preparen un caballo para dar un paseo tras el almuerzo.

—¿Cómo? —pregunto incapaz de asimilar algo así—. ¿Con la señora Helen?

—No, sola. Quiere ir a cabalgar por Hyde Park.

—Eso no es posible. Alguien la verá y será su ruina.

—Entonces, ¿informo de que no lo hagan? —Asiento y se marcha.

Me llevo la mano a la cabeza presintiendo que mi protegida me va a dar mil quebraderos de cabeza. ¿Acaso no tiene sesera en esa mollera? ¡Cómo se le ocurre tal osadía! A este paso no la voy a casar en la vida.

Salgo para ir a comer y, al llegar, veo que solo está la señora Helen mirando nerviosa la puerta.

—Si me lo permite —digo—, me gustaría tener una charla con usted tras la comida sobre *milady*. —Asiente, pálida como el papel.

—Como guste, milord.

Me hace una reverencia y ambos miramos hacia la puerta esperando a Ashley.

Cuando llega, lo hace con un libro en las manos. Sigue leyendo sin alzar la vista, mientras camina.

—Ash, compórtate —la reprende la señora Helen—. ¡No estamos solas!

Alza la vista y clava sus intensos ojos verdes en mí.

—¿Usted va a comer con nosotras? —Asiento y le aparto la silla—. Vaya, debe de sentirse fatal ahora mismo por pasarse toda la noche de fiesta...

—¡Ash!

—Solo constato un hecho. Si quiere, le preparo unas hierbas para el dolor de cabeza. Las resacas son muy malas... ¿Tomó opio?

—¡Ash! —La señora Helen saca las sales del bolsillo para no desmayarse.

—Ayer, no. Ahora, es mejor que deje de preocuparse por mi salud y se centre en la comida.

Asiente y, por suerte, se queda callada mientras nos sirven la comida.

Me fijo en que, por un momento, se pone nerviosa con los cubiertos. No sabe cuál debe coger.

A la señora Helen le pasa lo mismo.

Ambas me observan para ver cuál tomo yo, y cojo el que corresponde.

Las dos hacen lo mismo.

¿Qué está pasando aquí? Es hija de un conde..., pero uno que pensaba más en emborracharse que en ella.

Nos sirven pichón y veo cómo ambas se miran de nuevo.

Tomo el cubierto que toca y las dos se ponen a tratar de cortarlo con gracia...

La señora Helen destroza el pichón y Ashley lo manda al otro lado de la mesa.

«¡Dios, esto es peor de lo que esperaba!».

Con el pescado las cosas no mejoran.

Por suerte, el postre es fácil de tomar con cuchara.

Al acabar, Ashley se marcha de la sala con su libro y pide que le ensillen su caballo.

Escucho un portazo, y con seguridad será debido a que se acaba de enterar de que nadie lo hará.

—Creo que tiene mucho que explicarme, señora Helen.

—No lo sabe usted bien, milord —se atreve a decir, pero cuando se da cuenta se sonroja—. Lo siento...

—No se preocupe.

Le indico que mejor ir a mi despacho, porque necesito saber la intensidad del problema para tomar medidas antes de que empiece la temporada o no la casaré en la vida.

